

Quando los cómics me enseñaron a leer

Por Norma Herrera García
(nherreragarcia@hotmail.com)



Mis primos andaban en la casa de los abuelos de arriba para abajo con revistas de cómics: Batman, Superman, La Pequeña Lulú, Archie y sus amigos.

Cuando terminé el primer grado, hace pocas décadas de eso, llegaron las vacaciones en Guayaquil: con lluvia, calor, grillos y mosquitos. Fue cuando comencé a incursionar en conocimientos de lectura, escritura y matemáticas formales, ya que en lo referente a otras áreas de las ciencias y por estar en medio de una familia de maestros, la información general de estos temas fue algo que siempre nos rondó a mis hermanos y a mí.

En uno de los estantes de mi dormitorio reposaba la enciclopedia *Mi Libro Encantado*, –regalo con ocasión de mi nacimiento– que tenía 12 tomos. Mi mamá tomaba entre el uno y el tres, para escoger cuentos y poesías, los cuales nos leía generalmente antes de dormir. Con seis años cumplidos y muchísimas ganas de decodificar cuanto letrado se me cruzaba por delante, resultó un poco complicado tratar de leer los cuentos clásicos y otros menos famosos, sobre todo por su extensión

y el tamaño de la letra. Y si a eso le agregamos cómo me distraían los dibujos que había en cada página, en ese momento casi me parecían obras renacentistas, por el estilo y cantidad de detalles que incluían. Nadie me obligó a leerlos, solo moría de la curiosidad y la tentación de poder hacer “yo solita” algo que había sido parte de una bonita rutina.

Pasaron las vacaciones, comenzó el nuevo año escolar, el cual también terminó, y ahora éramos dos los que

queríamos leer y debíamos practicar la destreza recientemente adquirida (cabe indicar que tuvimos la suerte de nunca tener tareas vacacionales, ni cosa que se le parezca). En el año que había pasado, yo ya había consumido el primero y probablemente el segundo tomo de la colección, y aunque podía repetir una y otra vez las historias y poesías, al igual que todos los niños pequeños, ya era hora de ampliar un poco la oferta de géneros y formatos.

Mis primos, tres o seis años mayores, andaban en la casa de los abuelos, de arriba para abajo con revistas de cómics: Batman, Superman, La Pequeña Lulú, Archie y sus amigos, y como es usual, al igual que se heredan juguetes y algunas prendas de vestir, en las vacaciones tocó heredar revistas ya leídas. Fue refres-

En el año que había pasado, yo ya había consumido el primero y probablemente el segundo tomo de la colección, y aunque podía repetir una y otra vez las historias y poesías, ya era hora de ampliar un poco la oferta de géneros y formatos.

cantemente enriquecedor; de paso descubrimos que el diario traía toda una página con este tipo de lectura, en la cual había para escoger, desde Mafalda hasta Popeye, pasando por Mandrake y Dick Tracy.

La intención inicial de mis padres no fue convertirnos en ávidos lec-

tores. El acercamiento a los libros fue primero parte de una costumbre cariñosa, luego simplemente había que practicar un poco, mantenernos ocupados y saciar una necesidad que se fue creando por el contacto con las letras. Ha pasado el tiempo y aunque de hecho no soy una lectora cotidiana, cuando el trabajo me lo permite soy capaz de disfrutar la lectura de artículos y novelas. Comprendo que para tener información y conocimiento debo recurrir a manuales y textos, y que hasta para decidir qué chocolate es más puro en su composición o cuál bebida contiene menos azúcar, debo leer una etiqueta. De ahí que no me asusta cuando, como parte de la vida, hay que continuar leyendo.



Descubrimos que el diario traía toda una página con este tipo de lectura, en la cual había para escoger, desde Mafalda hasta Popeye, pasando por Mandrake y Dick Tracy.